

“Por la paz haremos hasta lo imposible, incluso la guerra”. Entre holocaustos y militancias: memorias del M-19 a través del relato de Vera Grabe Loewenherz

Lorena Cardona González

A treinta años del holocausto

El 6 de noviembre de 2015 se cumplieron 30 años de la toma del Palacio de Justicia a manos del movimiento guerrillero 19 de Abril (M-19)¹ en el centro de Bogotá. Lo que pretendía ser un hecho de justicia y cuestionamiento al entonces presidente Belisario Betancur, por el incumplimiento de los acuerdos de paz de Corinto (24 de agosto de 1984), terminó convirtiéndose en una

¹ Según la propia reconstrucción histórica que hace Vera Grabe (2011): “La fecha tiene su origen en la Alianza Nacional Popular (Anapo), que surgió en 1962. Para las elecciones de 1970 era la tercera fuerza política del país. El general Gustavo Rojas Pinilla, fundador y jefe del movimiento, hablaba de la lucha del pueblo contra la oligarquía, y presentó un programa con puntos como la educación y la salud gratuitas, la nacionalización del comercio exterior, la elección popular de gobernadores, la distribución de tierras no cultivadas, el rechazo al control de la natalidad. El 19 de abril de 1970, por primera vez, la gente votaba por un candidato diferente al liberal o al conservador. Ese día los medios de comunicación transmitieron los resultados parciales de las votaciones, según los cuales Anapo ganaba hasta las seis de la tarde, cuando el gobierno suspendió el conteo público. Al día siguiente salió la noticia de la victoria del candidato conservador Misael Pastrana. Aun así, aseguró la tercera parte de las curules en las corporaciones legislativas. Al pueblo anapista no le cabía la menor duda del fraude y salió a la calle dispuesto a hacer respetar su triunfo. Por varios días esperó instrucciones de sus jefes, que nunca llegaron. Rojas no reaccionó, dudó y más tarde aceptó en privado su derrota. Este hecho dio el nombre al M-19, cuyos fundadores consideraron que la clase dirigente colombiana no iba a ceder su poder voluntariamente ante la sola decisión mayoritaria expresada democráticamente, que había que hacerla respetar con las armas si era necesario. De ahí el lema del movimiento: “Con el pueblo, con las armas, ¡al poder!” (p. 70).

de las acciones de mayor violencia y excesos de la fuerza pública en la historia reciente de Colombia.

La toma del Palacio de Justicia tuvo una duración de 27 horas en las que el grupo guerrillero tomó como rehenes a 350 funcionarios de la justicia, entre ellos magistrados, consejeros de Estado, empleados y visitantes. El 7 de noviembre, en medio de la incertidumbre y como producto de la negativa de diálogo por parte del gobierno, las fuerzas armadas colombianas entraron de manera intempestiva y provocaron un enfrentamiento de fuego cruzado en el que guerrilleros, militares y rehenes perdieron la vida. El saldo total de este operativo fue de 100 víctimas mortales, 12 de ellas magistrados de las altas cortes y ocho personas más que aún se encuentran desaparecidas y que fueron vistas salir con vida de la edificación.²

Esas jornadas del 6 y 7 de noviembre marcaron hondamente la memoria nacional. Aquellos días confirmaron a sangre y fuego las deficiencias de la democracia y la ausencia prolongada de otros interlocutores en el escenario político. Fue el paroxismo de décadas de violencia y enfrentamientos, de traiciones en conversaciones pactadas; la exhibición urbana de las hostilidades pretéritas, comunes y crecientes en los campos colombianos y la audacia desmedida de uno de los movimientos guerrilleros con mayor credibilidad y aceptación nacional de aquellos tiempos. Pero ante todo, fue un error de cálculo, una impericia operativa y estratégica, una búsqueda de respuestas basada en presupuestos y presunciones que dieron como resultado una de las mayores pérdidas en materia política e institucional que enfrentó Colombia en años recientes. En aquellos días fue duramente cuestionado el papel del Estado, el de las instituciones, el de los cuerpos militares, el de las organizaciones al margen de la ley y el de la sociedad civil misma; asimismo,

² El 23 de febrero de 2017, los restos de Emiro Sandoval, magistrado auxiliar de la Corte Suprema de Justicia, fueron hallados después de unas pesquisas adelantadas por la Fiscalía desde el año 2015. Las investigaciones con relación a los acontecimientos del Palacio fueron reactivadas ese año por orden de la Corte Interamericana de Derechos Humanos, la cual le exigió a Colombia continuar con la búsqueda de los desaparecidos y esclarecer lo sucedido los días 6 y 7 de noviembre de 1985 (Redacción Judicial, 2017). Hasta octubre del año 2015 el número total de desaparecidos era de 11 personas. En dicho mes, la Fiscalía declaró que se habían reconocido oficialmente los restos de tres mujeres, empleadas de la cafetería del Palacio y que habían sido vistas vivas después de la recuperación del edificio, y las personas identificadas fueron Cristina Guarín, Luz Mary Portela y Lucy Amparo Oviedo (Palomino, 2015).

fue la muestra más palmaria de que Colombia había llegado a uno de sus tiempos más oscuros.

Pocos días después de la toma, el 11 de noviembre de 1985, el grupo guerrillero emitió un comunicado titulado: *Declaración del M-19 ante el Holocausto en el Palacio de Justicia*. Esta fue la primera vez que este hecho fue denominado como “holocausto” y en la que las acciones del ejército fueron descritas como represivas y sangrientas. En uno de sus párrafos, el grupo insurgente calificó al dispositivo militar como una “operación de aniquilamiento masivo, de holocausto total y generalizado” (Movimiento 19 de Abril, 1985). El exabrupto, el asesinato, el incendio de la edificación y la muerte de buena parte de sus ocupantes consolidó la idea de que lo que había sucedido allí no fue la reivindicación “por los derechos del Hombre” —como originalmente se llamó al operativo—, sino por el contrario, fue el irrespeto y la violación de todos los derechos posibles en un mismo espacio.

‘Nuestra patria no merece ni resiste seguir así’ afirmaba el comunicado del M-19. ‘Por eso, y a pesar de la violencia cotidiana que azota a las grandes mayorías, *no salimos del asombro y del dolor por el sacrificio de más de cien colombianos en el Palacio de Justicia*. Por eso, en las luchas y en las demostraciones armadas de la rebeldía se abrazan los combatientes de la libertad con hombres y mujeres que, sin armas en la mano, levantan su voz de cordura, su reclamo de reformas sociales y su demanda de replantear a fondo el proceso de paz que aún no comienza’ (Movimiento 19 de Abril, 1985; las cursivas me pertenecen).

Este “holocausto”, distante en toda comparación, magnitud, geografía, especificidad, objetivos y víctimas del producido en Europa, es la forma como se recuerda ese quiebre institucional mediado por la violencia en uno de los tantos episodios del conflicto armado colombiano. Su cercanía con los crímenes del nazismo solo puede pensarse en relación con sus excesos, en su comparación con la violación de los derechos humanos, en la medida de los abusos a la institucionalidad; pero, sobre todo, en el carácter sacrificial de víctimas inocentes e inermes dentro del Palacio. Las súplicas desoídas del magistrado Alfonso Reyes Echandía invocando el cese al fuego y el “aniquilamiento del poder jurisdiccional de la República” (Movimiento 19 de Abril,

1985) fue lo que quizás habilitó la nominación y comparación de estos hechos bajo las semánticas del Holocausto. Su carácter político original pasó a un segundo plano y este fue conservado en la memoria nacional como herida y tragedia.³

Como punto de inflexión, este acontecimiento —con sus lecturas y consecuencias— ha puesto sobre la mesa de debate los alcances reales de las organizaciones guerrilleras y, de alguna manera, ha servido como espacio de reflexión para la construcción dialógica de la paz en Colombia. Cuestión que hace algún tiempo se acordó con la guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) en La Habana y que en la actualidad trata de encontrar en sus antecedentes las maneras más apropiadas y consecuentes de llevar a cabo el posconflicto.

Con esta mira en el pasado, y a más de 25 años de la firma exitosa de la paz con el M-19, el gobierno ha vuelto a rescatar los logros en materia jurídica, legal y legislativa de dicho acuerdo. Sin embargo, este también ha sido el argumento de otros actores para poner en entredicho algunas de las salvedades y garantías otorgadas a sus exintegrantes en cuanto a su reincorporación a la sociedad civil, a su inclusión en el sistema político y electoral colombiano y, especialmente, a lo relacionado con la cesación de sus crímenes y prontuarios penales resueltos con la ley 77 de 1989, que estableció el indulto por los hechos cometidos antes de la fecha de abandono de las armas en 1990 (Grabe, 2011).

Precisamente en noviembre del año 2015, en el marco de la conmemoración por los treinta años del “holocausto” del Palacio de Justicia, el fiscal general de la Nación, Luis Eduardo Montealegre, ordenó la revisión de los indultos y amnistías a la cúpula del M-19 por los hechos del 6 y 7 de noviembre de 1985, argumentando que lo que se buscaba determinar era si tales prerrogativas “abarcaban delitos de lesa humanidad y crímenes de guerra que se hubieran podido cometer en el asalto al Palacio” (Redacción Judicial, 2015). Una de las personas citadas por la fiscalía fue Vera Grabe Loewenherz, integrante

³ No obstante, este acontecimiento sirvió para producir otros cambios positivos. Uno de ellos fue la redacción y posterior ratificación de los acuerdos de paz con el M-19 y con otros grupos guerrilleros —Ejército Popular de Liberación (EPL), Quintín Lame y el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT, Colombia)— en 1989; la entrega de las armas y la creación de la Asamblea Nacional Constituyente, la cual se constituyó como la primera carta legislativa hija de la paz y de la democracia en 1991. Alguna información de esta cita puede consultarse en Centro de Memoria y Paz (s. f).

y comandante de este grupo guerrillero, firmante de la paz y beneficiaria del citado indulto. En una entrevista otorgada el 11 de noviembre de 2015 a la W Radio, Vera Grabe manifestaba su sorpresa ante estas medidas:

Vera Grabe (VG): Pues primero es muy extraño... es como cuestionar una decisión, un fallo de la Corte Suprema de Justicia y dos es un proceso de paz acordado, es un proceso de paz de 25 años, hay cosa juzgada, y además es muy extraño que el fiscal, que está con la paz, empiece a revisar... eso de alguna manera plantea la pregunta: bueno, ¿uno firma la paz y en 25 años alguien revisa lo que se definió en un momento? En un contexto, en una época donde no había Corte Penal Internacional y... además los indultos fueron muy pocos, fueron cesación de procedimiento. Entonces, creo que es un poco extraño que eso se esté planteando de esta manera hoy.

Periodista: ¿usted siente que le están cambiando las reglas del juego de un acuerdo de paz que usted firmó hace unos años?

VG: Pues no sé si tanto cambiar las reglas del juego porque no creo que el fiscal llegue hasta ahí, pero sí creo que es extraño que se esté planteando esto... Además se plantea todos los años, esto no es nuevo. Ustedes que le hacen seguimiento, y que son los medios los que de alguna manera le dan como resonancia a este tema, saben que esto no es nuevo, esto se viene planteando hace rato. Todos los años, a comienzos de noviembre, vuelve el mismo tema (Grabe, 2015).

Varias eran las cuestiones que planteaba la intervención de Vera: una de ellas, que en medio de un proceso de paz con las FARC, el poder otorgar garantías y claridad a sus integrantes era un paso constitutivo de la confianza que se debía consolidar en un escenario de justicia transicional y de diálogo. La otra cuestión tiene que ver con las alertas que se deben tener en cuenta dentro de los procesos de paz, precisamente porque los “enemigos de los acuerdos” siempre buscarán minar la legitimidad de lo pactado así como impugnar por la ley o por la fuerza las concesiones producidas en un contexto de negociación, como sucede cada noviembre con los exintegrantes del M-19, a quienes se les cuestiona su papel dentro de los hechos del Palacio de Justicia, justamente cuando esta memoria se reactiva en Colombia.⁴

⁴ La totalidad de los guerrilleros que entraron aquel día al Palacio (35) murieron en la recu-

Vera Grabe es en la actualidad una de las mayores referentes de la paz en el país. Como fundadora del Observatorio para la paz en 1996 emprendió un camino de comprensión profunda sobre las formas de resolución de conflictos y, al mismo tiempo, elaboró una pedagogía de la paz —la *Pacicultura*— que establece algunas habilidades y lecciones para transformar cultural, política y socialmente a aquellas comunidades que han convivido con la violencia.⁵ Estos emprendimientos, afirma Grabe (2011), fueron el resultado de años de lucha, de militancia, de construcciones paulatinas y meditadas sobre las formas de entender un país como Colombia; y, sobre todo, de la distancia que ella misma asumió después de dejar las armas y convertirse en una gestora de paz y promotora de convivencia ciudadana. La mayoría de las intervenciones de Vera Grabe en el ámbito público están relacionadas con sus apreciaciones y lecciones para la paz; sin embargo, la misma contradicción de haber construido esa paz a partir del recurso a la violencia y la guerra es lo que hace que su testimonio cobre singular importancia. Justamente, porque cada noviembre se reactualizan en el país las heridas del Palacio y queda el sabor amargo de la pérdida de vidas y la debatible justificación de la violencia para conseguir justicia y democracia en Colombia.

No obstante, esta vocación de paz, esta reflexión en torno a la igualdad y a la defensa de los derechos humanos no surgió en Vera Grabe a partir de su militancia en el M-19, a raíz de los hechos del “holocausto” del Palacio de Justicia o de la firma de los acuerdos en 1989. Esta forma de entender el país también está atravesada por otros factores: su educación, el contexto nacional en el que creció y por el que creyó que valía la pena combatir; y, sobre todo, por un antecedente migratorio que fue hijo de otro holocausto en Europa, el que vivieron sus abuelos y sus padres en Alemania en la Segunda Guerra Mundial; el mismo que los obligó a emigrar a Colombia en 1950 para empezar desde otra orilla, lejos de la guerra y la discriminación. Lo que encontraron

peración del mismo por parte del ejército; solo una integrante del M-19, Irma Franco, salió viva del edificio, pero hasta la actualidad permanece desaparecida. Para una ampliación de esta cita véase *El Tiempo* (2015).

⁵ Bajo la denominación de *Pacicultura*, el Observatorio para la Paz (s. f.) establece un tipo de “innovación pedagógica que gira en torno a la identificación y desarticulación de violencias culturales en contextos cotidianos que atraviesan situaciones de emergencia, a la par de reactivar, fortalecer y potenciar las capacidades transformadoras a favor de la vida que tenemos los seres humanos”.

sus padres en el país fue otro escenario cargado de violencias partidarias y de hostilidades en los campos, de injusticias sociales y de una extendida pobreza en las ciudades. Aquello que para otros migrantes fue el sino del miedo y la indiferencia o la razón de un nuevo exilio, para Vera Grabe fue la razón de su lucha y su entrega por construir y construirse en otro país.

Estos y otros elementos figuran en su relato autobiográfico *Del silencio de mi cello. Razones de vida* (2011). Un testimonio a dos voces construido y pensado para ser legado y leído por su hija Juanita. Asimismo, es una escritora que busca establecer una relación con la verdad, un diálogo con el lector a quien interpela en una historia nacional, que al mismo tiempo es su historia personal, y que la sitúa como protagonista de los hechos que signaron a la Colombia de los años 70 y que la definen en la actualidad como mujer, madre y excombatiente. Los cruces con la guerra, la forma en la que elaboró su militancia desde una clave migratoria y su paso por la consolidación de un pensamiento de paz son los componentes que se desprenden de este texto.

El primer holocausto

Vera Grabe Loewenherz nació en Bogotá en 1951. Su padre Werner y su madre Thea salieron de Hamburgo hacia finales del 50 con el propósito de establecerse en América y allí tener a sus hijos. “De algún modo esto nos trazó un destino marcado por un permanente pulso entre ser ciudadanos del mundo y la necesidad de echar raíces en algún lado” (Grabe, 2011, p. 24).

El contacto que tenían en Colombia era un tío músico que había logrado emigrar antes de la “Noche de los Cristales Rotos” y que incluso fue el único de sus tíos maternos que logró sobrevivir a la guerra y al nazismo. Tanto su madre como su padre tuvieron que soportar las duras condiciones y persecuciones en Alemania, y una vez terminada la

pesadilla de la Segunda Guerra Mundial, él y mamá comenzaron a buscar nuevos horizontes. Había dos opciones: Canadá o Colombia. Papá consiguió un contrato de trabajo con Camacho Roldán, una de las pocas fábricas de muebles que tenía Colombia entonces. Se embarcó en el puerto de Marsella en un carguero lituano rumbo a Buenaventura. Unos meses después, llegó mamá. Buscó apartamento, y apenas pudo, papá se independizó y montó su propio taller. Para ellos era empezar de nuevo. Con

ilusión renovada. Sin lastres. Sin sombras ni miedos. Construyeron un hogar nuevo en una tierra nueva, a punta de trabajo y esfuerzo. Un nido para que llegaran, ahora sí, los hijos, a enseñarles a volar en paz y armonía (Grabe, 2011, p. 25).

No obstante, esta fue una paz aplazada. Colombia no estaba exenta de conflictos, y mucho menos en los años 50, cuando la violencia partidaria se expresaba de forma radical y sangrienta en los campos y en las ciudades. La infancia de Vera Grabe fue vivida bajo la tensión de los conflictos internos y la comprensión que su familia alemana hacía de ellos.⁶ “Al esculcar una caja repleta de recuerdos de mi mamá, encontré una cartica de mi hermana a la abuela que vivía en Hamburgo, fechada en 1961” (Grabe, 2011, p. 26). Helga tenía seis años:

(...) Querida Omi: ¿Cómo estás? ¿Cómo están los primos? Acá casi todas las noches ponen bombas. Antier pusieron cuatro. Mamá y yo oímos dos. Ayer echaron bala. Hoy estuvo Tomas, un amigo nuestro, donde nosotros y cuando mamá lo quiso llevar a casa, escuchó otra, entonces se volvió de una a la casa. Muchas saludes y muchos besos de Helga (...) (Grabe, 2011, p. 26).

Si bien Colombia era el país que los había recibido, la formación de Vera estuvo signada por la moderación y la prudencia. Esto quería decir que los asuntos nacionales no eran de su incumbencia, o bien debían ser asumidos con una distancia en la que no se vieran involucrados sus criterios o sus opiniones:

Claro que no era igual a lo que habíamos vivido en Alemania -seguía mamá-, y aunque nos mantuviéramos al margen de la política, percibíamos que había poca libertad, que teníamos que cuidarnos de cuanto hablábamos y con quién, de criticar lo que no nos gustaba, porque éramos extranjeros. No nos podíamos meter en los problemas del país, tampoco nos correspondía. Éramos huéspedes. Habíamos sido acogidos por un país que nos recibió con generosidad, donde se nos trataba bien, donde se

⁶ Los cruces de la violencia en Colombia con la vida de los sobrevivientes del Holocausto es un tema recurrente en sus relatos testimoniales y novelados. La violencia ha funcionado, en algunos casos, como un elemento dinamizador de sus narrativas, y ha posibilitado hacer una construcción de lo local a partir de la mirada extranjera de los sobrevivientes. Una ampliación de este tema aparece en mi tesis de maestría, Cardona, 2015.

nos respetaba. Estábamos agradecidos y contentos de poder vivir y soñar en Colombia (Grabe, 2011, p. 26).

Sin embargo, omitir esta realidad o eludir lo que pasaba en Colombia no era sencillo, más aún cuando la violencia era cotidiana y las injusticias, palpables. Estos cambios se sumaron a las profundas transformaciones que se dieron a finales de los años 60 en América Latina y a las pulsiones por asumir un compromiso activo con la compleja realidad colombiana. Irónicamente, siendo estudiante del Colegio Andino de Bogotá, su profesor de Historia y Literatura fue quien le brindó el primer escenario de pensamiento crítico sobre la realidad nacional.

Era curioso que un profesor de Literatura e Historia, socialdemócrata alemán, fuese quien le abriera los ojos a un grupo de jóvenes colombianos. Los jóvenes latinoamericanos éramos una esperanza para él, y su inmenso amor por Colombia y por América Latina también se debía al futuro que veía en este continente atormentado y tormentoso. Creamos la posibilidad de un núcleo de discusión sobre la realidad latinoamericana y colombiana. Todos los que estuvimos allí, salimos a diversos quehaceres, pero con compromiso. Coincidió con la alfabetización que nos correspondía dar en los últimos años del bachillerato, en el barrio Juan XXIII, arriba en la loma de la calle 63 de Bogotá. La experiencia nos abrió los ojos de cara a una realidad injusta y contradictoria: un barrio de invasión arañando un peladero a cincuenta metros de los barrios de clase media alta de Chapinero (Grabe, 2011, p. 54).

A partir de 1970 las elecciones y decisiones de Vera Grabe la harán vincularse cada vez más con Colombia. En primera instancia, su inscripción a la carrera de Antropología le brindará otro acercamiento en campo al universo de exclusiones y marginalidades, no solo en el reconocimiento de la situación de las comunidades indígenas, sino también del grado de abandono de muchas poblaciones en las que incluso, por ausencia del Estado, otros grupos y organizaciones suplieron necesidades básicas como la nutrición, el suministro de servicios, la construcción de infraestructura o la misma educación.

Ahí estaba la síntesis del abandono: las barrigas hinchadas, las enfermedades producto de la desnutrición, el trabajo precario, el endeudamiento

para adquirir los bienes de los blancos, la pérdida de la propia cultura, y además todos los niveles de racismo entre la misma gente, entre indígenas, mestizos y negros... La conclusión obvia era que solo si cambiaban las estructuras sociales y políticas que sostenían y fomentaban estas situaciones, podía mejorar la vida de la gente. Eso significaba derrocar el sistema, y para ello no había otro camino que las armas. Después de recorrer la región, no me quedó la mínima duda (Grabe, 2011, p. 49).

El segundo escenario de compromiso se hizo desde otra geografía; esta vez Alemania fue el lugar en el que Vera se pensó a sí misma en relación con Colombia. Europa aún vivía los efectos de mayo del 68 y sus ámbitos universitarios eran espacios fértiles de debate sobre los desmanes del colonialismo, las nuevas formas de lucha en América Latina o los avances militares en Vietnam. Este viaje confrontó a Vera en dos sentidos; inicialmente, con las reales necesidades de su país y con la búsqueda concreta de soluciones:

Lo central era el debate político sobre la reforma y la política educativas, sobre el poder y la ideología: fundamental para quienes habían crecido allí y vivido el movimiento, pero ajeno para mí. Las lecturas fueron claves, pero todo me sonaba a una revolución que se iba en echar discursos. Fue el argumento para no hacer el mínimo esfuerzo por integrarme a la nueva realidad. Y como suele pasarnos a quienes venimos de otras tierras, me sentía totalmente invisible frente a los jóvenes alemanes que hablaban y pisaban duro. Todos parecían tan seguros de sí mismos. Nuestra formación era muy distinta, nos acercábamos de otra manera a los demás, más cautos, más tímidos, más modestos, más suaves. Y en ese país todo estaba tan hecho, tan organizado, que yo ni le quitaba ni le ponía. Alcancé a acariciar la idea de dar clases de alemán a emigrantes de habla hispana, pero por encima de todo soñaba con la Revolución, la nuestra, esa sí de verdad, que estaba más allá de los mares, donde hay que luchar de verdad, porque esto acá es pura revolución de lujo (Grabe, 2011, p. 52).

Pero también, con el legado de sus padres y su historia en Europa, que fue reconstruyendo en el camino de su militancia, en los encuentros temporales y accidentales de su accionar ideológico con los traumas de su familia, o en el

cruce de situaciones compartidas que le fueron configurando el sentido de sus orígenes y la dirección de sus convicciones.

La ida a Alemania no me sirvió para un título universitario ni para casarme con un europeo, que era el sueño secreto de un papá tolerante, pero con paradojas como todos. Me sirvió para saber que, a pesar del origen y la educación, Alemania no era lo mío, y descubrir por fin mis orígenes. Nunca dejaré de agradecer a la tía Selma, hermana de mi mamá, que me ayudara a conocer la historia y a hacer conciencia de la guerra padecida por mis padres, la Segunda Guerra Mundial y el horror del nazismo. Este pasaje oscuro de la humanidad lo hemos visto hasta la saciedad en cine, pero es distinto saber que es parte de la película de la propia vida. Remueve y desata algo muy, muy adentro (Grabe, 2011, p. 52).

El silencio de mi cello. Razones de vida no es un documento que pueda leerse o interpretarse bajo la premisa de la cronología o la coherencia; es más, ninguna historia de vida pretende llegar a ello. Obviamente, los mecanismos que contienen y configuran el recuerdo y la manera como ellos mismos se elaboran en la escritura, no obedecen a las formas convencionales del lenguaje o a los esquemas habituales de la ciencia social en la que todo se “compagina” de manera armónica (Portelli, 2016). Por el contrario, una historia oral o una escritura sobre vivencias personales es una pretensión comprensiva sobre las formas en las que los sujetos se instalan en la historia y le dan sentido a la misma. En este sentido, la construcción que hace Vera Grabe de su vida, de su participación en el M-19 y de su actual visión del país está constantemente permeada por los elementos identitarios que la constituyeron, por los cruces biográficos y familiares que definieron su accionar, por las consecuencias y dilemas a los que se vio enfrentada como madre y militante, y por las omisiones y aplazamientos que asumió al haberse comprometido con el país. *Razones de vida*, como ella misma lo expresa, es una

historia llena de las paradojas que trae la vida y una búsqueda de consecuencia en actos, pensamientos y sentimientos, con las implicaciones, los encuentros, alegrías y hallazgos, pero también las ausencias, dolores y soledades que esto tiene para una mujer de nuestro tiempo (Grabe, 2011, p. 21).

Esta no es de ninguna forma una narrativa convencional sobre la historia de la “subversión”, los procesos de paz o sobre la migración en Colombia. Por el contrario, es una memoria que, como afirma Portelli (2016), “busca poner en duda las certezas y las creencias que nos tranquilizan” (p. 477); es un documento que trasciende las formas de pensamiento sobre lo nacional y se inscribe en otros acontecimientos y en otras experiencias. Es interesante destacar que dentro de las entrevistas y debates a los que usualmente se ve convocada Vera Grabe, a nadie parece interesarle los efectos que tuvo sobre ella el origen migratorio de sus padres o las marcas que dejó en ellos el nazismo. Estos son componentes que aparecen de forma directa e indirecta en el relato, y probablemente no se hubiera podido acceder a esa memoria familiar si ella no lo hubiera puesto en palabras en su relato o si sus padres no se lo hubieran transmitido de las formas menos comunes, es decir, dentro de su involucramiento con la militancia y con el país.

En esta parte no me aguantó las ganas de comentar dos escenas que vivo con cierta frecuencia. En una alguien me pregunta si soy de origen alemán y yo digo que sí. Acto seguido alguien me dice, medio en broma, medio en serio: Ah, aria pura, viva Hitler, lo cual obviamente me irrita. En la otra escena, más frecuente, alguien me pregunta por qué mis padres fueron a dar precisamente a Colombia, y yo respondo que cansados de alemanes, de guerra y de nazis. Ante lo cual siempre surge inevitable ah, ¿son judíos? Y yo nunca sé qué decir.

Vine a conocer costumbres, cantos y candelabros de siete brazos en libros, películas y casas de amigos, cuando ya era grande. De manera que siento que no es lo mío; pero tampoco lo niego. Mi madre fue criada en los valores cristianos, y frente a esto de nuevo alguien seguramente diría que su familia era de conversos... Lo que me pregunto una y otra vez es por qué la necesidad de calificar a la gente por los mismos parámetros que usaron mentes enfermas de resentimiento y odio para eliminar a millones de personas, judíos y también no judíos, es decir, todo el que fuera distinto. Mentes que negaron el amor y destruyeron los sentimientos. ¿Tiene sentido definir a los seres humanos en términos de quebrados, decir que alguien es 3/4 no ario = judío, o viceversa? ¿Y que cualquier variación de ese porcentaje en cualquier dirección (ario, mestizo, judío

por nombre u obligado a ponerse nombre judío, creyente o no, bautizado) le determine a un ser humano sus posibilidades de vivir, o siquiera de sobrevivir? ¿Acaso la identidad no es en el fondo una búsqueda, una apuesta por la diferencia? Y, ¿esas definiciones no tienen que ver más bien con una cultura y una religión que las personas asumen? Lo único que siempre reafirmé en este inevitable debate es cuánto detesto todo tipo de discriminación, y no dejan de asombrarme quienes ayer fueron perseguidos y luego hayan adoptado las conductas de sus perseguidores. Tal vez por ser una mezcla de tantas cosas y -como dice una amiga- por sentir que tengo abuelos en todo el planeta, me parece que uno de los peores inventos humanos es querer definir y clasificar a la gente, meterla en cajones (Grabe, 2011, p. 53).

Sin embargo, el acceso a este tipo de memorias no se dio de manera única o consecuente; para que una memoria traumática aparezca han tenido pasar, en torno a ella, años de silencio y omisiones, tiempos de habla y tiempos de escucha. La memoria y el olvido dialogan constantemente dentro del texto, incluso su forma de expresión es fruto de la distancia, la espera y los momentos de introspección. En 1994, cuando Vera Grabe fue nombrada consejera para los derechos humanos en la embajada de Colombia en España, comenzó a construir este relato: “Quise aprovechar la oportunidad de colocar un océano entre lo hecho y lo que está por hacer, entre afectos ciertos y mundos inciertos por conocer, entre el duelo y el renacimiento, entre una tribu de años y la soledad” (Grabe, 2011, p. 21).

En esos años se restableció el contacto con su familia de Hamburgo, se anudaron los reencuentros, pero al mismo tiempo, los enfrentamientos con el pasado:

En 1994, de visita en Alemania, fui con mamá al sitio donde había estado preso el abuelo en Hamburgo. Ahora es un museo que rinde homenaje a las víctimas del nazismo. Mamá iba con el corazón apretado. No era un edificio grande, y empezamos a recorrerlo buscando el nombre del abuelo entre la gente que decían había pasado por este lugar. Frente a las listas de nombres y nombres sin fin, sentí el desasosiego de mamá porque el nombre de su papá no aparecía. Sin embargo, allí tenía que estar. Final-

mente, después de una hora de búsqueda, por fin lo encontró, y suspiró. No era una reconciliación con la historia, pero su cara reflejaba algo parecido al alivio. Por lo menos su nombre formaba parte de este sobrio y escueto homenaje (Grabe, 2011, p. 54).

Conrad Loewenherz era miembro de una familia de artistas, narra Vera en sus memorias; había sido soldado en la Primera Guerra Mundial y condecorado por su valor en combate. En el año 1943

llegaron unos hombres, allanaron su casa, se lo llevaron y lo encerraron en la cárcel policial de Fuhlsbüttel, en la ciudad de Hamburgo. Apenas en mayo la familia recibió cartas suyas, en las que pedía algo de ropa, los animaba a ser fuertes mientras estuvieran separados, y les pedía que movieran cielo y tierra para que, por Dios, no le quitaran el permiso de trabajo, y pudiera demostrar que era un buen ciudadano y padre de familia. El único delito del que podían acusarlo era amar a su familia y ser uno de los mejores músicos de Hamburgo. Les reiteraba su esperanza de que pronto se verían de nuevo. Agradecía los paquetes con comida, les contaba que el trabajo al aire libre le hacía bien y que comía con apetito, sólo lamentaba que ellos se privaran de comida por enviársela a él. Luego, cuando sintió que no había esperanza, escribió para pedirles que enfrentaran lo que viniera con entereza y valor, que siempre se mantuvieran unidos y vivieran con la certeza de su amor (Grabe, 2011, p. 53).

Conrad fue trasladado a Auschwitz y murió a finales de ese año:

Para la condena bastó el apellido Loewenherz, que traduce Corazón de León, nombre compuesto que automáticamente lo clasificaba de “norario”. En un papel consta que los miembros de esta familia eran 3/8 arios, clasificación tan humillante como criminal y absurda. Seres humanos medidos por fracciones. ¿Alguien la entiende y me la puede explicar? ¿Qué es eso: raza, cultura, calidad humana? En todo caso era una clasificación que equivalía a la condena a muerte. Sin más. Un día no lo volvieron a ver pasar. Al poco tiempo recibieron una notificación en la cual se hacía constar que “el trabajador C. L., residente de la ciudad de Auschwitz, había fallecido a causa de un paro cardíaco, en 1943”. De dos de

sus hermanos, Bertha y Bernardo, sólo supieron que los llevaron a otro campo de concentración, en Theresienstadt (Grabe, 2011, p. 55).

También figuran relatos de persecución y confinamiento de su familia paterna. Su abuela Johanna Grabe se refugió en un hospital judío y sobrevivió porque se hizo pasar por enferma; a su padre le fue retirado su permiso de trabajo y lo obligaron a barrer calles como trabajo forzoso (Grabe, 2011). Incluso su madre no pudo estudiar música porque aquellos que no pudieran demostrar su pureza racial no podían aspirar a ser artistas. Muchos de ellos sobrevivieron gracias a la ayuda de otros familiares y a la solidaridad de vecinos que los ocultaron y ayudaron a conseguir comida.

Vera plantea esta historia a modo de una metáfora, en la medida en que se fue reconstruyendo como un rompecabezas armado por partes y fragmentos. En ese proceso

se explicaban los silencios de papá y mamá, sus preguntas mal contestadas, su desconfianza y escasa vinculación con la colonia alemana. Frases de papá como: ojo con el fanatismo, no hay peor enfermedad que el nacionalismo ciego; o de mamá: no hay derecho a que quienes han vivido la persecución hagan lo mismo con otros pueblos (Grabe, 2011, p. 56).

“Tal vez, inconscientemente, quise dejar atrás la historia de mi familia”, afirma Vera. Sin embargo, lo que se compartió bajo la forma de valores —el respeto a la diferencia, el repudio a cualquier forma de discriminación o injusticia, la razón por encima de los apasionamientos, la exigencia y la conciencia social— fueron los elementos que modelaron no solo la visión que Vera Grabe elaboró de Colombia, sino también la manera en la que ella misma estableció los lineamientos de su lucha.

Si ellos fueron víctimas de un régimen y de una guerra, seguramente por esos profundos mandatos o resortes que nos impulsan, algo me llevaba, no sólo a querer tomar mi destino en las manos, a evitar que otros manipularan mi vida, sino a no aceptar la quietud ante situaciones injustas, cuando se percibe un tufo del irrespeto, el desconocimiento, la sumisión, el desprecio a la gente (Grabe, 2011, p. 56).

Confrontaciones y militancias

La emergencia y el proceso de creación de los movimientos insurgentes en América Latina estuvieron inspirados y determinados en general por los logros y conquistas de la revolución cubana. No obstante, como afirma Eduardo Pizarro (1989), el proceso de surgimiento de una guerrilla de inspiración comunista en Colombia fue fruto de otras confrontaciones y disputas. Los primeros núcleos guerrilleros respondieron a un proceso de autodefensa surgido en los campos colombianos como respuesta a las hostilidades partidarias y a la escalada de violencia que arreciaba en las ciudades a fines de la década del 40.⁷ Estos grupos insurgentes tuvieron un periodo “heroico” de desarrollo entre 1949 y 1966 que coincidió con las primeras formas de resistencia armada en el país, pero aún carentes de un “proyecto político orientado a la conquista del poder” (Pizarro, 1989, p. 4). A finales de los años 60 aparecieron en el espectro nacional una amplia gama de organizaciones guerrilleras con una configuración social distinta: algunas provenientes del sector urbano (el MOEC, el ELN, el PCML, las FALN, el M-19) y con una orientación foquista y voluntaristas, mayormente articuladas con proyectos y partidos políticos y con fuertes bases sociales. Sin embargo, a pesar de que Colombia se constituyó como uno de los pocos países de América Latina en donde sobrevivió el proyecto insurgente, fue también el país en el que ninguna de sus organizaciones (el ELN, el EPL y las FARC) “pudieron transformarse en un factor de poder alternativo como ocurriera en Cuba y en Nicaragua” (Pizarro, 1991, p. 5).⁸

⁷ Según la ampliación de Pizarro (1989) “Las zonas en donde emergerá la resistencia comunista contra la violencia oficial a fines de la década de los años cuarenta, poseían ya una larga tradición de lucha y organización. Durante los años veinte y treinta se presentaron tres tipos de conflictos agrarios, según Pierre Gilhodés: los relativos a las condiciones de trabajo en las haciendas, sin que se tocara, al menos inicialmente, la cuestión de la propiedad de la tierra: los conflictos relacionados con la propiedad de la tierra, mediante el cuestionamiento de los títulos de propiedad; y finalmente, las disputas relacionadas con la problemática de las comunidades indígenas (por ejemplo, la recuperación o la defensa de las tierras de los resguardos). Estas diversas reivindicaciones llevaron a numerosos núcleos campesinos e indígenas a defender sus intereses mediante la creación de ligas y sindicatos, en los cuales no faltaría la decisiva influencia del pensamiento socialista o del agrarismo revolucionario, gracias a la actividad desplegada inicialmente por el Partido Socialista Revolucionario, por el Partido Agrario Nacional de Erasmo Valencia, por la Unión Nacional de Izquierda Revolucionaria (UNIR.), de Gaitán, y posteriormente por el Partido Comunista” (p. 5).

⁸ MOEC: Movimiento Obrero Estudiantil Campesino; ELN: Ejército de Liberación Nacional; PCML: Partido Comunista de Colombia marxista-leninista; FALN: Fuerzas Armadas de

Las razones que esgrime Pizarro (1991) para explicar este fenómeno responden a varios elementos:

la enorme dispersión del movimiento guerrillero que se dividió y se subdividió en múltiples corrientes antagónicas a lo largo de casi tres décadas; a su poca capacidad de convocatoria con amplios sectores del país para conformar un movimiento de liberación nacional, a la prolongación del conflicto interno y a la criminalización de sus prácticas, y como último elemento, al vaciamiento político de sus consignas y a la creciente aplicación de modalidades delictivas para financiarse (secuestro, extorsión) que debilitaron sus márgenes de legitimidad al caer en el remolino de las múltiples violencias sin un perfil diferenciador claro y contundente (pp. 4-5).

Este proceso de desgaste y de ilegitimidad al que llegaron las organizaciones subversivas también coincidió con el surgimiento y recrudecimiento de otras violencias, como lo fue el nacimiento de los grupos paramilitares y de autodefensa, el accionar criminal del narcotráfico y la guerra de carteles a partir de los años 80, en las que estas también se vieron involucradas. En el año 2015, cuando se habían cumplido 25 años de la firma de los diálogos de paz con el M-19, Vera Grabe manifestaba, en una entrevista al diario *Las 2 Orillas*, el acierto de esa paz en un momento tan decisivo para el país.

Colombia es un país complejo, con muchas violencias, muchas guerras cruzadas y la paz no es la panacea ni la varita mágica. Pero hubo algo de sentido de oportunidad... la paz del M-19 fue oportuna. Menos mal nos salimos de la guerra. El M-19 mostró que la paz no es solo negociación, también es decisión de renuncia a la guerra. Además, nos salimos de ese enredo, de todas esas mezclas y mutaciones que tiene hoy la lucha armada. Creo que es esencial haber demostrado que no solamente es un cambio para la paz, sino la paz como una posibilidad de cambio (VC, 2015).

Sin embargo, tuvieron que pasar muchos años, muchas acciones y muchos desencuentros para que Vera Grabe viera en el presente las bondades de

Liberación Nacional; ELN: Ejército de Liberación Nacional; FARC: Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia.

una paz que ella sentía como imposible e inútil en momentos pretéritos en los cuales la democracia y la justicia se entendían y se practicaban bajo la lógica de las armas en Colombia.

‘La tuya es una generación de paz’, le escribe Vera su hija ‘La mía también lo fue, aunque de otra manera. La paz tiene tantas caras como épocas. También entonces la paz y la libertad estuvieron presentes. Movilizaron por igual a *hippies* y a guerrilleros. Unos dijeron no a la guerra. Los otros abrazaron las armas contra formas ancestrales de violencia. Todos lo hicieron como una gran entrega de amor. Ese amor unos lo ejercieron en cada acto cotidiano. Otros en la política y la lucha por una sociedad justa. Paz y libertad también se vivieron en la música, en el amor. Todos reivindicaban el derecho a la felicidad. Para unos era vivirla; para otros una utopía por alcanzar, así no fuera para sí mismos (Grabe, 2011, p. 39).

Esta utopía, esta búsqueda de la felicidad o del bienestar ofrecido fue en una primera instancia la forma como el M-19 se presentó ante la sociedad colombiana. Esta organización no solo revolucionó la forma en la que se llevaba a cabo la insurgencia armada en Colombia: también fue un grupo que se destacó por su audacia, espontaneidad y creatividad. Los actos del M-19 estaban siempre signados por el desafío, la burla y la muestra de resultados políticamente situados.

El verdadero sentido de nuestro trabajo lo descubrimos el 17 de enero de 1974, cuando un grupo de compañeros sacó la espada del Libertador del olvido.⁹ Llevaba ahí siglo y medio y era el símbolo de una lucha que había quedado pendiente, porque si bien había acabado la dependencia de España, a nuestra nación le queda aún mucha libertad por ganar. El abrebocas del operativo fue una creativa campaña de medios (según el

⁹ El 17 de enero de 1974, el grupo guerrillero M-19 extrajo de la casa-museo Quinta de Bolívar de la ciudad de Bogotá la espada del Libertador. Después de haber sido guardada y custodiada por múltiples personalidades, entre las que se destacan algunos poetas y escritores colombianos, la espada finalmente fue entregada al gobierno cubano en 1980. Una vez firmada la paz con el M-19, el excomandante guerrillero Antonio Navarro Wolff, la devolvió el 31 de enero de 1991 a la misma casa-museo. Para más información se puede consultar Molano Jimeno (2010).

propio gremio, revolucionó la publicidad en Colombia), en la que durante días se publicaron avisos de pie de página en los principales periódicos anunciando la llegada del M-19, un remedio contra la falta de memoria, de energía, la pereza, los parásitos, la vagabundería. Luego, el manifiesto que proclamaba: “Bolívar, tu espada vuelve a la lucha”, quedó en el lugar de la espada y fue distribuido por otros compañeros en la toma simultánea del Concejo de Bogotá. Así nació para el país el Movimiento 19 de Abril (Grabe, 2011, p. 69).

Eran acciones que criticaban duramente otras organizaciones de izquierda, pero que ellos mismos justificaban como una estrategia para hacer sentir su cercanía con la gente y con sus problemas diarios. En este sentido, se volvió común ver en los medios sus actos justicieros: las tomas de fábricas y colegios, las acciones para repartir juguetes, chocolates y leche en los barrios pobres de Bogotá. Algo que fue rápidamente calificado de populismo y asistencialismo de base.

La izquierda lo calificaba como puro populismo, no le veía sentido porque “esa no era manera de resolver el problema”. Pues claro que no, pero a la gente le gustaba, sentía que había un grupo que no sólo hacía discursos lejanos, sino que se ocupaba de sus problemas cotidianos. Hacíamos presencia, y la lucha armada dejaba de ser algo distante para mostrar un camino al alcance del pueblo (Grabe, 2011, p. 100).

Incluso un acto de debatibles consecuencias políticas como fue el ajusticiamiento del líder sindical José Raquel Mercado a principios del año 76 (a quien acusaban de haber traicionado la voluntad de las centrales obreras, trasgredido las luchas del movimiento y tener, inclusive, conexiones con la CIA) fue el que consagró al M-19 como una organización efectiva en sus demandas y concreta en sus acciones militares. Cuando Mercado fue sentenciado y asesinado “respondíamos a la necesidad histórica de justicia, así paradójicamente no fuera el final positivo que, incluso, a través de las armas queríamos darles a nuestras acciones” (Grabe, 2011, p. 91). Claramente, este nivel de contundencia política los sacaba del referente intrépido y aventurero de sus primeras acometidas y los insertaba estrechamente con otras modalidades de lucha —en este caso, las armadas:

Creo que para la mayoría de los militantes éste fue el primer encuentro con la muerte, la constatación de que la lucha armada tiene consecuencias, que combatir a un régimen violento no sería un paseo. Y si bien nuestras armas buscaban poner fin a esa violencia ancestral, su uso significaría más violencia: la de un pueblo cansado de injusticias, humillaciones y exclusiones. Una cosa era pensar en la lucha armada y otro vivir a fondo lo que ella implica, que es la posibilidad de matar y morir (Grabe, 2011, p. 91).

No obstante, estas demostraciones de violencia y estos desafíos al *statu quo* no quedaron únicamente en manos de las organizaciones insurgentes. A partir del año 78 el proceso de insurrección y la escalada armada iban en ascenso; para poder hacer frente a estos hechos, el presidente Julio César Turbay inauguró su mandato decretando algunas disposiciones que buscaban endurecer las sanciones contra “el orden público y la Justicia Penal Militar quedó encargada de conocer los delitos políticos a través de juicios orales” (*El Tiempo*, 2010). Este fue finalmente conocido como el Estatuto de Seguridad Nacional —decreto 1923 de 1978— y originó en Colombia una de las mayores oleadas de represión militar y política, no solo aplicable a organizaciones guerrilleras: dentro de estas disposiciones también cayeron artistas, escritores, organizaciones sociales, defensores de derechos humanos, y todo aquello que tuviera o se enmarcara dentro de la “oposición”. En aquellos años, el entonces ministro de Defensa, general Luis Carlos Camacho Leyva, pronunció unas palabras que tradujeron el clima de disputas y confrontaciones que se vivía en Colombia: “ármese quien pueda” (Grabe, 2011).

El Estatuto de Seguridad y el desafío del ministro Leyva condujeron al M-19 a asestar un duro golpe a las Fuerzas Armadas en sus propios predios. Después de haber cavado un túnel de más de ochenta metros que conducía a la sede de la XIII Brigada de las Fuerzas Armadas —mejor conocido como el cantón norte—, el grupo guerrillero logró extraer un numeroso arsenal militar de sus instalaciones.

En la madrugada del primero de enero de 1979, nuestros infatigables topes dejaron de decir “tierra” para gritar “aire”. El túnel desembocaba en un enorme galpón lleno de cajas con armas y munición de las Fuerzas

Armadas. En una carrera contra el tiempo, aprovechando el fin de año, los compañeros estuvieron saque y saque armas, hasta 5.700, entre ellas el fusil del cura Camilo Torres. Armas para dar y convidar, para armar a toda la guerrilla colombiana y latinoamericana. Para ayudar a los sandinistas, que estaban en la última etapa de su ofensiva revolucionaria (Grabe, 2011, p. 109).

Si la forma de interpretar y contestar a las nuevas medidas del Estado era con armas, el M-19 respondió: “Señor Ministro: usted dijo ármense. ¡Y lo hicimos!”. Sin embargo, la afrenta no quedó allí: la respuesta del ejército “fue inmediata y contundente” (Grabe, 2011, p. 110). Desde el mes de enero se extendieron intensos operativos de captura a los integrantes del M-19. En las ciudades se desplegaron bloques de búsqueda hasta que fueron capturando uno a uno a sus dirigentes: Iván Marino Ospina, Álvaro Fayad, Carlos Pizarro, Andrés Almarales, Israel Santamaría, Gerardo Ardila, entre otros. Todos fueron sometidos a feroces torturas antes de ser conducidos a las cárceles.

Prisión y tortura

Habíamos leído los relatos de Julius Fucik, un patriota checo de la resistencia contra los nazis. Advertía que el enemigo aplicaría enfrentar al detenido con un interrogador duro y otro blando, que combinaría tortura física y psicológica, tan terrible la una como la otra ... Pero ahora, con todo y advertencias, a la hora de la verdad, una cosa es la teoría, y otra bien distinta, inimaginable, es vivirla en carne propia (Grabe, 2011, p. 111).

El 26 de octubre del 79, frente del Concejo de Bogotá, fue capturada Vera Grabe:

“Esa es, la mona. ¡Cojan a esa hijueputa!”. Eran cuatro civiles, me agarraron, me metieron en una camioneta blanca con el símbolo de la Cruz Roja, me esposaron, y arrancaron a toda velocidad, hacia un sitio que pensé eran los sótanos del DAS.¹⁰ Me pasó por la cabeza una película del pasado, presente y futuro incierto, a toda velocidad. Dos cosas sentía con

¹⁰ Departamento Administrativo de Seguridad.

nitidez: que no tenía escapatoria, pero que no era el final, que en ésta no me quedaba (Grabe, 2011, p.114).

Antes de la reforma constitucional de 1991, el periodo de tiempo en el que se podía disponer de un preso era de diez días. Este tiempo habilitaba a que la policía cometiera sobre los reos conocidos e imputados, vejámenes y arbitrariedades procedimentales.¹¹ Todas las personas capturadas dentro de las disposiciones del Estatuto de Seguridad fueron sometidas a tortura y a extenuantes jornadas de interrogación, y sobre todo, esta fue aplicada en aquellas personas que estaban presuntamente acusadas de “sedición y rebeldía”:

Todo es como una película en la que un montón de escenas se superponen, se juntan, se invierten, sin saber qué es primero y qué después. Todo está diseñado para debilitar el cuerpo, mediante el dolor, el hambre, la sed, el cansancio, y la mente con preguntas, humillaciones, amenazas, chantajes... Lo único claro para mí es que la oscuridad, la debilidad, los golpes y vejaciones van en aumento, mientras el cuerpo lo siento cada vez menos, sin noción de espacio o tiempo. También tengo claras las sensaciones de frío de las celdas en las caballerizas, de la desnudez, del contacto de mis pies desnudos cuando me sacan de noche a caminar al aire libre, sobre pasto, barro, piso de cemento. Es como si siempre hubiera otro frío más grande, en una escala hacia el infinito. Y diez mil veces las mismas preguntas, gritos e insultos, en un vértigo de nunca acabar (Grabe, 2011, p. 116).

En esta parte del relato aparecen dos elementos importantes: la exhibición pública de su identidad como guerrillera y la revelación de su militancia a sus padres. No obstante, esto ocurriría de una forma dolorosa y sumamente compleja para Vera Grabe.

¹¹ Artículo 28 de la Constitución de 1886: “Aún en tiempo de guerra, nadie podrá ser penado *ex post facto*, sino con arreglo a la ley, orden o decreto en que previamente se haya prohibido el hecho y determinándose en pena correspondiente. Esta disposición no impide que aún en tiempo de paz, pero habiendo graves motivos para temer perturbación del orden público, sean aprehendidas y retenidas, de orden del Gobierno y previo dictamen de los Ministros, las personas contra quienes haya graves indicios que atentan contra la paz pública” (p. 225).

Me dicen que tienen a mi papá, que lo están maltratando. Me sacan a la ventana, y de lejos veo a mi papá, un hombre canoso, entonces de 66 años, con unas gafas oscuras, parado entre dos militares. ¿Ve lo que pasa por no querer usted hablar? Si no habla, le va a pasar lo mismo a él. Jamás he sentido rabia igual, y mayor es mi silencio. Papá nunca me va a contar qué le pasó allí, tal vez para evitarme más dolor (Grabe, 2011, p. 118).

Días después, retenida en el cuartel militar Rincón Quiñones, Vera logra escribirle a su padre:

Noviembre 11 de 1979

Papi: Estoy bien. Por fin me dan un pedazo de papel para escribir. Por favor, te pido perdón por causarte tantas preocupaciones. Pero creo que ahora por lo menos se acaba tanta mentira y tanto misterio. Podemos hablar de todo abiertamente y estoy segura que todo lo vas a entender. Todo lo he hecho por ideales, y por eso no tiene que darte pena de tu hija. Y como ya te he generado líos, por favor no te metas en gastos de abogado. Tengo que responder por lo que hago y ya aparecerá un abogado amigo. Mil gracias por lo que me enviaste. Y por tu ayuda. Me alegra poderte ver aunque me da un poco de miedo. Te abrazo con fuerza. Vera (Grabe, 2011, p. 119).

En respuesta recibió, finalmente, su visita:

Se descorría un velo, lo que no lo hacía feliz, pero le daba nuevas certezas. Me estrechó la mano, me felicitó y me dijo: Únicamente quiero saber si es verdad lo que dicen, que eres oficial mayor del M-19. Sí, papá, es verdad -le dije. Pues me siento orgulloso de ti, hija: has vivido y hecho en tus pocos años tres o muchas veces más de lo que yo he podido hacer en toda mi vida. Y cuando me miró más en detalle, agregó: Y yo que no te creía que eso también pasa aquí. Es igual que bajo los nazis, como si lo hubieran aprendido de ellos... (Grabe, 2011, p. 120).

Como se ha mencionado, la reconstrucción de un relato —en este caso familiar—, no siempre se hace de modo continuo y directo (Portelli, 2016). Basta un recuerdo, una asociación o, en extremo, una experiencia perversa para que emerjan las más imprevisibles reminiscencias. Una cosa es convivir con un

relato de horror, y otra distinta es compartir en vivencia y cuerpo una historia de horror. Es interesante entonces observar, una vez que la vida de Vera Grabe se cruzó con la hostilidad y la represión policial, cómo fueron surgiendo los cruces narrativos con su padre y cómo se fueron compartiendo otras historias de familia en la semejanza de sus prácticas y horrores. Terminada la fase de tortura, Vera es llevada a la cárcel de mujeres El Buen Pastor de Bogotá, y en su reclusión surgirán otras experiencias y revelaciones: “el reencuentro con los míos, ser motivo de su orgullo, su alegría y certeza, pero también de su dolor” (Grabe, 2011, p. 121).

Y ahí estaba papá. Siempre. No fallaba, salvo que estuviera enfermo o muy cansado. Con comida para todas. En la mayoría de las casas, era la mamá, la abuela o la hermana quien se encargaba de preparar la comida dominguera para la visita. En la mía, los sábados por la noche papá se ponía el delantal y a cocinar lo que más le gustaba a la hija. Lo calentaba el domingo temprano, lo echaba en un gran termo, y madrugaba a hacer cola. Entraba risueño contando cómo la gente ya lo conocía: Las guardianas me saludan muy amistosamente: señor G., cómo me le va, ya ni me requisan los canastos... Herr Grabe -así le decían las compañeras- saludaba a todo el mundo, y como cada cual recibía su visita, buscábamos una parcela de prado para sentarnos a conversar (Grabe, 2011, p. 126).

Su patio de reclusión estaba asignado para las “políticas”, muchas de ellas militantes de otras “organizaciones subversivas” como el ELN y el EPL. Según lo describe Vera, este era un patio en el que las condiciones no eran tan difíciles y las coincidencias ideológicas hacían que la estadía fuera más leve, o al menos más digna. Allí se rescataban aspectos como la solidaridad, la concordia y la búsqueda de un trato más humano entre presas y vigilantes, situaciones que también eran compartidas en los mismos escenarios de visita:

No sé si otros lo hayan vivido igual, pero el reencuentro de cada uno con su gente fue una liberación. Con la familia, los amigos, los vecinos. Para papá fue la recuperación de su hija, para mí la de mi papá. Por fin me pude quitar la capucha frente a él, ya no había secretos (...). Con esa inmensa capacidad que tenía para ver la esencia de las cosas, papá un día me dijo: Cómo es la vida: para recuperar a mi hija, ahora tiene que estar

encerrada... Y añadió, con ese humor malicioso que era tan suyo: Así por lo menos no se me vuela... Ahora cotorreábamos todo el tiempo.

(...) Me contó de su juventud siendo socialista, de sus ilusiones de pelear por causas justas, de las frustraciones de toda una generación que también quiso cambiar el mundo. Todos los fines de semana llegaba con cuentos nuevos. Cada vez más orgulloso y asombrado de la simpatía que se palpaba por el movimiento. Me contaba cómo la gente lo felicitaba y le decía querer hacer contacto con el Eme. Y yo ¿qué hago, cómo los organizo, qué les propongo? También hablaba de algunos alemanes y cierta gente que intentan tratarlo de pobrecito o que torcían la cara para otro lado, como diciendo “ese señor tan decente, y ahora padre de una subversiva”. Voy y los frenteo, les doy la mano, a ver qué dicen. Por lo general no saben qué hacer, porque esperan ver a un padre avergonzado o vergonzante, y los desconcierta verme seguro, comprensivo y apoyando a mi hija. Y cuando hacen la pregunta típica -¿pero por qué?- yo les digo: ella sabe lo que hace (Grabe, 2011, p. 131).

A partir de su reclusión, su madre desde Hamburgo y su padre en Colombia comenzaron a hacer todo tipo de gestiones para sacarla de la cárcel. Apelando a su condición de ciudadana de origen alemán establecieron contactos con la embajada, con parlamentarios socialdemócratas, con el Instituto de Estudios Latinoamericanos, incluso con el Ministerio de Asuntos Exteriores en Bonn (Grabe, 2011). En la búsqueda de su libertad se puede ver, a partir de sus intercambios epistolares, el grado de zozobra y desasosiego de sus padres.

Queridas Thea y Helga:

A propósito de la embajada alemana. Acabo de venir de allá, me acompañó Bettina, que se compromete tanto, me asombra que siga habiendo tanta gente con ideales. Quien nos saludó fue un primer secretario, ahora muy amable después de que al comienzo cuando la torturaron casi me echa con palabras como que el embajador tenía cosas más importantes que atender. Hoy hablamos con el encargado de negocios, muy abierta su actitud, agradable sorpresa. El embajador también es muy cordial, dice que hacen lo que pueden. Se mueve en la medida en que llegue algo de allá. Al parecer sí ha habido presión, porque hacen esfuerzos. La semana

pasada fueron a verla, prometieron volver a ir. Dicen que ojalá no la vinculen al consejo de guerra, eso complicaría la gestión. Por favor, escribe a todas las instancias que puedas, y si toca al mismo canciller, para que acá no se cansen. Por lo visto tus cartas ya han movido cosas. Veré si puedo arreglar lo del pasaje, me gustaría ir contigo a Bonn a hablar con esa gente. Cuando escribo así con palabras bruscas, es la rabia que me da porque no veo que las cosas avancen. Pero no te preocupes, soy amable.

Te envié el informe de Vera, para que lo puedas usar. No tienen que sentir ninguna vergüenza de Vera, se lo pueden contar a cualquiera.

Siempre van muchos amigos.

Ahora entiendo por qué todo este tiempo estuvo tan callada y reservada, qué fuerte tiene que ser esa muchacha para comportarse así frente a la gente que quiere. Yo admiro esa actitud, si ustedes sienten lo mismo, les ayudan mucho.

Les escribo esto, para que estén más tranquilas.

Es importante que allá sigas moviendo todo lo posible. La Cruz Roja también se ocupa de ellos, los franceses también, falta que los alemanes sigan metiendo la ficha.

Thea, seguimos peleando, muchas saludes, Werner.

Mi Helga, mil besos, te abraza tu Papi (Grabe, 2011, p. 127).

Esta lucha se extendió todo el año en el que Vera estuvo presa. No obstante, la organización no renunció a sus consignas, y mucho menos se resignó a tener toda su dirigencia recluida. En un acto de protesta por la violación a los derechos humanos y en procura de establecer una negociación con el gobierno para liberar a los presos políticos, el 27 de febrero de 1980 el M-19 tomó la embajada de República Dominicana. Aprovechando la fecha de su independencia y conociendo la presencia de otros embajadores dentro del recinto,¹² el “grupo subversivo” entró a las instalaciones exigiendo la libertad de 300 de sus compañeros y una suma de 50 millones de dólares. “Al domingo siguiente papá llegó tempranísimo. Traía una rosa roja de regalo: Es el símbolo de los

¹² Dentro del grupo de secuestrados había 16 diplomáticos de distintos países, entre ellos: Austria, Brasil, Costa Rica, República Dominicana, Egipto, El Salvador, Perú, Guatemala, Haití, Israel, México, Suiza, Estados Unidos, Uruguay, Venezuela y el Nuncio Apostólico. Una ampliación de este suceso puede consultarse en Baldrich (2015).

socialistas europeos, quiero felicitarlos. Todo el mundo soñaba con la pronta libertad” (Grabe, 2011, p. 138).

Sin embargo, la negativa del Estado de negociar y de liberar a los presos fue dilatando y achicando las demandas.

Se empezó a hablar de listas más reducidas: que salieran los principales militantes de todas las organizaciones guerrilleras. En realidad, este tira y afloje sólo ocurría en nuestras mentes, porque durante algún tiempo las negociaciones no iban para adelante ni para atrás (Grabe, 2011, p. 139).

Más allá del fin inmediato, que era la libertad de todos, el alto mando militar cambió su estrategia y propuso una instancia mucho más desafiante para el gobierno: desistir de la entrega de los presos a cambio de una tregua y una salida negociada al conflicto.

Jaime Bateman, el comandante del M-19, dijo: si el problema en Colombia son los derechos humanos, la falta de democracia y la necesidad de la paz, que rebasa la problemática de los presos políticos, lo que más nos interesa no son los presos políticos, sino encontrar una salida nacional. Propuso un diálogo que comenzara con una reunión en Panamá, con participación de representantes políticos, sindicales, populares, de organizaciones de derechos humanos, etc. Por primera vez en la historia moderna de Colombia, una organización guerrillera levantaba la bandera de la paz y de la negociación como salida al conflicto, y fue bien recibida. Además, había aparecido el informe de Amnistía Internacional que ponía en evidencia la violación sistemática de los derechos humanos y hacía una serie de recomendaciones al gobierno, para que restableciera las garantías ciudadanas. El gobierno se quejó, como siempre, y descalificó el informe. Pero el prestigio internacional del gobierno estaba afectado y ante la oferta de paz se vio obligado a deponer su intransigencia (Grabe, 2011, p. 135).

La liberación de los rehenes se dio dos meses después, el 25 de abril de 1980, en La Habana. Si bien el propósito inmediato de la toma —la liberación de sus integrantes— no fue efectivo, este acto político posibilitó tres cosas: la primera, la iniciativa de paz del M-19; la segunda, su exhibición en el ámbi-

to internacional —que la catapultó como una guerrilla abierta y consecuente con otros movimientos en América Latina—; y la tercera, la búsqueda de soluciones combativas, que dio como resultado la planificación de la toma del Palacio de Justicia, que no tuvo un fin tan prometedor.

El segundo holocausto

A fines de 1980 Vera Grabe estaba en libertad y lista para otra misión. El M-19 demandaba mayor presencia en otros escenarios, y qué mejor estrategia que promover y conectar sus ideales y propuestas con otros grupos insurgentes de América Latina y el mundo. En su salida del país se hizo consciente de otros procesos y reivindicó que la lucha excedía no solo las fronteras ideológicas, sino también las geográficas. En el trascurso de tres años Vera recorrió diversos países estableciendo relaciones políticas y militares con Cuba y Nicaragua; fue redactora de un periódico en México; se movilizó junto con otros militantes por Panamá y tuvo varios encuentros con el general Omar Torrijos. En este camino conoció y se solidarizó con otras organizaciones que estaban siendo fuertemente perseguidas, en especial las del Cono Sur, como el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) de Chile y Montoneros de Argentina. Conoció de cerca otros procesos combativos —en El Salvador a partir de sus conexiones con el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN)—, e incluso estuvo presente en varios encuentros que tuvo el M-19 con la Yamahiriya Libia Árabe Socialista que dirigía el entonces coronel Mu'ammár al-Gadafi.

Debíamos convertirnos en embajadas alternas, difundir y ganar gente para nuestro proyecto político y la propuesta de paz, ayudar a la comprensión de la realidad de nuestro país y explicar por qué un régimen formalmente democrático pero excluyente y represivo no dejaba otro camino que abrirles paso a tiros a la democracia y a la paz (Grabe, 2011, p. 156).

Una vez concluido este periodo internacional, Vera regresó a Colombia y se enroló en su última fase con el M-19, la combativa y militar:

La consagración como dirigente guerrillera implicaba mínimo una temporada en el monte. Era bueno ponerme por un tiempo el uniforme, ob-

servar una disciplina, y ser parte de un cuerpo con vocación de poder. Estaba expectante de un feliz y arduo aprendizaje. Si hubiera que resumir esta etapa, diría que las palabras claves fueron: guerreros de ese tiempo, paisajes incomparables, afectos indestructibles, liderazgos forjados a pulso, sentido de cuerpo -cuerpo humano, cuerpo de combate, cuerpo de pueblo-, poderío y vocación de poder (Grabe, 2011, p. 216).

“Por la paz a luchar y a vencer. Por la paz haremos hasta lo imposible, hasta la guerra” (Grabe, 2011, p. 248). Este fue el lema que acompañó al M-19 durante los primeros años 80. El hermetismo político nacional que se ceñía a una democracia restringida y poco participativa fue el argumento nodal de esta organización para abrir espacios de diálogo dentro de las mismas lógicas de la guerra. Este choque de fuerzas, y sus consecuentes desmanes militares, provocó algo que en sociología del conflicto se denomina “empate negativo”, es decir, “que ni el Ejército pudo derrotar a la guerrilla, ni la guerrilla pudo derrotar al Ejército, a pesar de la superioridad de este último” (Pizarro, 1991, p. 4). Una vez llegada esta fase de desgaste —también conocida como de “insurgencia crónica”— ambos enemigos, en este caso el Estado y el M-19, pudieron llegar a una tregua, o lo que León Zamosc definió, para la guerrilla colombiana, como la búsqueda de una “negociación colectiva a través de la turbación del orden público” (citado por Pizarro, 1991, p. 4). Los acuerdos de paz entre el M-19 y el gobierno ocurrieron el 24 de agosto de 1984 en el municipio de Corinto, al sur del país. Dos eran las bases de esta negociación: el cese bilateral del fuego y la búsqueda conjunta de una salida política al conflicto.

Empero, “esta tregua siempre tuvo un dedo flojo en el gatillo”, como afirmaría Vera Grabe. Los enfrentamientos y persecuciones por parte del Estado se siguieron dando. El operativo que el ejército desplegó para asesinar a las fuerzas en tregua se llamó “operación Garfio”. Cada vez más, las negociaciones se dilataban y el interés del gobierno y de los partidos políticos era menor. “Aquella paz armada, como en aquel tiempo se le denominó al proceso, tenía muchos enemigos en el Estado” (Grabe, 2011, p. 268). El resultado de esta paz traicionada y burlada fue, sin lugar a dudas, la toma del Palacio de Justicia.

Hablar desde la más alta Corte de Justicia en Colombia, desde su propia casa, era un reconocimiento al Estado en la medida en que la aceptába-

mos como órgano independiente, al cual nos someteríamos. Si por algo se nos debió haber juzgado, fue por creer en la eficacia y el respeto real y simbólico de la Corte Suprema de Justicia, como bastión de justicia y seguridad, para que el país conociera el porqué del silenciamiento del diálogo. Por creer que la Corte Suprema de Justicia tenía igual consideración y respeto como reserva moral y democrática del poder público, en el conjunto del Estado (Grabe, 2011, p. 288).

En materia de presencia urbana, la guerrilla colombiana tuvo un nivel de articulación marginal en proporción al grado de acción y penetración que consiguió en los campos (Pizarro, 1991). Salvo en contadas ocasiones, como sucedió en la toma de la embajada de la República Dominicana, en la que las contingencias se resolvieron “pacíficamente”, el resto de incursiones subversivas en las ciudades estuvieron enmarcadas en la violencia y, en los últimos años, configuradas en las lógicas del terrorismo.

La toma del Palacio de Justicia se basó en el supuesto del M-19 de que si habían logrado avanzar en términos de paz con un presidente marcadamente inflexible como fue Julio César Turbay, no había razón para no tener éxito con un “humanista” como era Belisario Betancur.¹³ Una cuestión es una embajada, otra muy distinta es el “Palacio de Justicia, que es la antesala de otro palacio: la Casa de Nariño”. Este es el título del libro del ministro de Gobierno de aquellos años, Jaime Castro, quien afirma en su texto que lo que implicaba para el gobierno la toma del Palacio iba más allá de un juicio político al presidente; representaba de la manera más clara y extrema, la toma del poder: “ese [fue] el mayor reto y el mayor desafío que la subversión había formulado en toda su historia al Estado colombiano” (Castro, 2011, p. 3). Las cuestiones acerca de la culpabilidad y responsabilidad por los excesos sucedidos allí es algo que pesa en la mayoría de los exintegrantes del M-19, y que ha puesto en entredicho el papel del gobierno y sus fuerzas militares a

¹³ Además de ser reconocido como abogado y político conservador, Belisario Betancur se ha destacado como un asiduo promotor de la democracia y la cultura. Asimismo es autor de una rica bibliografía que versa sobre temas como la educación, la economía y la sociología. Es miembro de la Academia Europea de Ciencias y Artes, de la Academia Colombiana de la Lengua, la Academia Colombiana de Jurisprudencia y la Academia Colombiana de Historia. Algunos aspectos referentes a Belisario Betancur en Aunión (2007).

la hora de hablar de paz y derechos humanos en la actualidad. No obstante, los militantes del M-19 pensaban, en aquel tiempo, que esta era la única y posible salida al conflicto.

Eran las once y media de la mañana del seis de noviembre de 1985 y estábamos en los ejercicios preparatorios para la toma de Urrao [Antioquia] cuando se armó el alboroto... Un comando del M-19 se había tomado el Palacio de Justicia (...) Pero a las pocas horas el rumbo de las noticias cambió. A las dos de la tarde la noticia era: ‘Un tanque está subiendo las gradas del edificio, derribó la puerta y entró disparando al edificio’. Como la radio no da imágenes, nos llegaban noticias cortadas, gritos, entrevistas, comentarios confusos, y no entendíamos nada de lo que estaba pasando. ¿Y qué podíamos hacer?

Después aparecieron las listas. Se hablaba de más de cien personas muertas, entre magistrados, abogados, guerrilleros, funcionarios, empleados, visitantes. Un nombre. Otro. Unos muertos, otros desaparecidos. Ningún compañero se había salvado, porque seguro ninguno se quería salvar.

Después se hizo silencio. Sólo hubo silencio. Un silencio que cubrió a todo el país. Silencio de muerte multiplicada. Una campana de humo y silencio. Preguntas en el aire. Sólo preguntas. Ninguna respuesta. ¿Quién decidió qué? Manojos de culpas... ¿Qué pasó allí? ¿Dónde quedó la gente?... ¿Quiénes salieron? ¿Qué pasó con los desaparecidos que fueron sacados vivos? En el aire sólo quedó flotando el mandato desatendido por el gobierno: el grito de Reyes Echandía pidiendo: ‘¡Por favor, diálogo, que cese el fuego!’ (Grabe, 2011, p. 292).

Después de la toma, tuvieron que pasar cuatro años más para que la paz con el M-19 pudiera concretarse. Hubo cese de hostilidades, entrega de armas y reinserción en la vida civil. Políticamente se logró ampliar el espectro electoral y el M-19 pasó de ser una organización guerrillera a convertirse en un partido político —Alianza Democrática M-19—, con una amplia acogida en sus primeros años de ejercicio. Se convocó a elecciones y ganó la iniciativa popular de conformar una Asamblea Nacional Constituyente para modificar la Carta de 1886; incluso posibilitó la exitosa campaña presidencial de uno de sus excomandantes, Carlos Pizarro, quien fue asesinado en abril de 1990

a manos del paramilitarismo. Las traiciones de aquella paz no terminaron; sin embargo, las armas ya estaban entregadas y nadie quería volver al monte.

El Palacio sería el espejo profundo en el cual deberíamos mirarnos siempre de nuevo, todos. Demandando a mano armada el incumplimiento de los pactos de paz, defendiendo la democracia, maestro, muérase quien se muera; haciendo rehén a la justicia para hacer justicia, disparándole a la justicia para salvarla; asaltando las instituciones para enarbolar nuestros ideales y nuestras verdades, recuperando a sangre y fuego las instituciones, así ellas se destruyan; poniendo la razón de la lucha por encima de toda consideración, poniendo las razones de Estado por encima incluso del propio Estado... Y todos desoyendo la única voz cuerda y humana, la voz de la vida clamando en la persona del magistrado Echandía: “¡Por favor, que cese el fuego!”... Y sin embargo, el fuego no cesaba porque no había quien se atreviera a dar la orden. Como las llamas, el enfrentamiento iba devorando la razón misma de su origen; como el humo, el enfrentamiento, en su incontrolable desorden, llenaba todo y desalojaba cualquier finalidad que no fuera él mismo. Pizarro decía: “En Palacio perdimos todos, perdió la paz, perdió la justicia”. Luego diría que la operación desde el comienzo estaba condenada al fracaso porque no había con quién hablar, y que el problema de la paz es construir interlocutores (Grabe, 2011, p. 336).

Reflexiones finales

Son variados y extensos los componentes que integran la obra *Razones de vida* de Vera Grabe. Una vida entregada a la insurgencia y a la paz comporta múltiples aristas para ser abordada y analizada en sus aparentes contradicciones. No obstante, el enfoque que se adopta aquí busca reflexionar sobre dos cruces: uno construido como legado, que tiene que ver con los orígenes alemanes de Vera y la experiencia traumática de sus padres en Europa, víctimas del Holocausto; y un segundo cruce, construido como militancia, que la vinculó a ella dentro de las dinámicas del país en los años 70 y 80 como integrante del M-19, y que bajo el manto de aquellas acciones nos invita a meditar sobre otro “holocausto”, alejado en principio y contenido del nazismo, pero cercano políticamente a Colombia y a su historia con el conflicto armado.

Este es un documento que plantea una reflexión diversa sobre las formas de leer la guerra, en la voz y escritura de una mujer comprometida con un “ideal de país” que en la actualidad es pensado y definido bajo las gramáticas de la paz. Un texto fruto de la distancia, los espacios y las percepciones, pero ante todo un documento que nació, como ella lo define, en paz. Este también es un texto de confrontaciones, de relatos construidos en la distancia y en el sosiego. Como bien mencionamos, ninguna historia de vida pretende la exhaustividad o la coherencia, y la historia de Vera Grabe, en este caso, no es una excepción. Por su puesto, esta es una mirada personal sobre sí misma y sobre la insurgencia en Colombia, la cual asistió a múltiples cambios y redefiniciones, en unos años —los 70 y los 80— más signados por las consignas democráticas reivindicadas por medio de la guerra, y en otros —finales de los 80, principios de los 90— enarbolados bajo los principios de la paz y el diálogo: un camino que han recorrido otras organizaciones armadas en Colombia, y que también incluye a las FARC y su reciente firma de la paz.

Esta obra, a modo de autobiografía, también pone en tensión otros acontecimientos internacionales, como la Segunda Guerra Mundial y sus efectos en Colombia, por medio de la voz de sus víctimas, quienes han traído el relato del Holocausto y los crímenes del nazismo. Sus memorias traumáticas también han posibilitado desarrollar nuevas perspectivas a nuestro proceso de paz y comprender, en alguna medida, la razón de nuestras lacerantes violencias. Aquel primer Holocausto que, paradójicamente, se reescribe en la vida de Vera Grabe, es también la puerta de entrada a otro holocausto, más local y distante, pero que comparte con el europeo una memoria sangrante e incómoda en cada decurso nacional.

El fin del conflicto con el M-19 fue un antecedente crucial para la resolución de los presentes litigios con la guerrilla de las FARC y sus correlativos desafíos en materia de justicia, legalidad y reincorporación a la vida civil. No obstante, como bien afirma Grabe, los valores de la democracia, que extensamente se reivindican en Colombia, fueron también los que la impulsaron a ella a concebir una paz individual que, en sus palabras, “le retornó su rol de mujer, hija y madre” (Grabe, 2011, p. 316). En este camino surgieron revelaciones, complicidades y memorias como las de sus padres, una vez que regresó a Hamburgo; o como las del Palacio, cuando se enfrentó con la sociedad colombiana que aún respira por aquella herida y la interpela cada noviembre.

Este es un texto de enfrentamientos y disputas, tal vez por ello interesante. Una mirada que, a pesar de haber sido construida entre océanos y años, sigue siendo vigente en un país que en la actualidad busca una salida a más 60 años de violencia y conflicto.

En 1995, a cinco años de haber fundido nuestras armas y a diez de la tragedia, escribimos una carta. Y hubo diferentes reacciones. A algunos de los compañeros de armas de otras épocas no les gustó, y hubo indignación porque no teníamos por qué pedir perdón por algo que no hicimos, porque la responsabilidad verdadera no era la nuestra. Por parte de los familiares, algunos supieron recibir el gesto, otros aún se reservan el derecho al rencor, a la rabia, al pasado.

‘... pedimos perdón a las víctimas de esta tragedia, a sus familiares y amigos, por la parte de responsabilidad que nos correspondió. Entonces dijimos que: ‘la batalla del Palacio de Justicia tocó las fronteras del absurdo, lesionando a todo el país. En ese *holocausto* perdimos todos’ (Grabe, 2011, p. 294; las cursivas me pertenecen).

Referencias bibliográficas

- Cardona, L. (2015). Sobre ciertas cosas que no se pueden nombrar: La Representación del Holocausto en Colombia (1976-2015). Tesis de Maestría en Historia y Memoria. Universidad Nacional de La Plata. Recuperado de: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1163/te.1163.pdf>
- Castro, J. (2011). *Del Palacio de Justicia a la Casa de Nariño*. Bogotá: Aguilar.
- Grabe, V. (2011). *El silencio de mi cello. Razones de Vida*. Bogotá: Observatorio para la paz.
- Observatorio para la paz. (s. f). *Pacicultura en emergencia*. Recuperado de <http://www.observpaz.org/#!pacicultura-en-emergencia/iz96k>
- Pizarro, E. (1989). Los orígenes del movimiento armado comunista en Colombia (1949-1966). *Análisis Político*, 7, 3-35. Recuperado de <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/colombia/assets/own/analisis07.pdf>
- Pizarro, E. (1991). Elementos para una sociología de la guerrilla en Colombia. *Análisis Político*, 12, 4-23. Recuperado de <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/colombia/assets/own/analisis12.pdf>

Portelli, A. (2016). *Historias orales: Narración, imaginación y diálogo*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación; Rosario: Prohistoria Ediciones.

Prensa

Aunión, J. A. (27 de julio de 2007). La Menéndez Pelayo premia el humanismo de Belisario Betancur. *El País*. Recuperado de http://elpais.com/diario/2007/07/27/sociedad/1185487208_850215.html

Baldrich, A. C. (6 de febrero de 2015). La toma de la Embajada 35 años después. *Revista Credencial*. Recuperado de <http://www.revistacredencial.com/credencial/noticia/actualidad/la-toma-de-la-embajada-35-anos-despues>

Centro de Memoria y Paz (s. f.). *Los procesos de paz con el M-19, el EPL, el Quintin Lame y el PRT desde 1989 a 1991*. Recuperado de <http://centromemoria.gov.co/los-proceso-de-paz-con-el-m-19-el-epl-el-quintin-lame-y-el-prt-desde-1989-a-1991/>

Molano Jimeno, A. (15 de agosto de 2010). El robo de la espada. *El Espectador*. Recuperado de <http://www.elespectador.com/noticias/nacional/el-robo-de-espada-articulo-219336>

Movimiento 19 de Abril (M-19) (11 de noviembre de 1985). *Declaración del M-19 ante el Holocausto del Palacio de Justicia*. Bogotá: CEDEMA. Recuperado de <http://www.cedema.org/ver.php?id=2651>

El Tiempo (24 de septiembre de 2010). Turbay dicta polémico Estatuto de Seguridad. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-4169210>

El Tiempo (30 de octubre de 2015). Irma, la guerrillera que salió con vida. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-16417819>

Palomino, S. (20 de octubre de 2015). Identificadas tres víctimas por la toma del Palacio de Justicia de Colombia. *El País*. Recuperado de http://internacional.elpais.com/internacional/2015/10/20/actualidad/1445373175_406700.html

Redacción Judicial (10 de noviembre de 2015). “Pues que revisen”: Navarro Wolff sobre estudios de indultos al M-19. *El Espectador*. Recuperado de <http://www.elespectador.com/noticias/temadeldia/pues-revisen-navarro-wolff-sobre-estudio-de-indultos-al-articulo-598304>

Redacción Judicial (23 de febrero de 2017). Aparecieron los restos de Emiro Sandoval, víctima del Palacio de Justicia. *El Espectador*. Recuperado de <https://www.elespectador.com/noticias/judicial/aparecieron-los-restos-de-emiro-sandoval-victima-del-palacio-de-justicia-articulo-681419>

VC, A. (9 de marzo de 2015). “Menos mal nos salimos de la guerra”. *Las 2 Orillas*. Recuperado de <http://www.las2orillas.co/menos-mal-nos-salimos-de-la-guerra-vera-grave/>

Entrevista

Grabe, V. (11 de noviembre de 2015). *Vera Grabe cuestiona decisión del fiscal Montealegre*. Entrevista con la W Radio. [Audio podcast]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=9NmVG7BHx0M>

Leyes y decretos

Constitución Política de la República de Colombia (1886). Bogotá: Imprenta de Vapor de Zalamea.

Decreto Legislativo 1923 de 1978. *Por el cual se dictan normas para la protección de la vida, honra y bienes de las personas y se garantiza la seguridad de los asociados*. Diario Oficial N.º 35.101 de 21 de septiembre de 1978. Recuperado de ftp://ftp.camara.gov.co/camara/basedoc/decreto/1978/decreto_1923_1978.html

Ley 77 de 1989. *Por la cual se faculta al Presidente de la República para conceder indultos y se regulan casos de cesación de procedimiento penal y de expedición de autos inhibitorios en desarrollo de la política de reconciliación*. Diario Oficial N.º 39.116 de 22 de diciembre de 1989. Recuperado de ftp://ftp.camara.gov.co/camara/basedoc/ley/1989/ley_0077_1989.html